

fusión la caballería norte-americana que acuchilla á los que se retiran; el general en jefe llega á la garita de San Antonio y allí se detienen los invasores.

El General Anaya, acompañado de sus ayudantes, salió del convento de Churubusco y se adelantó á las once y media de la mañana para cerciorarse de la proximidad del enemigo; á la vez supo por algunos indígenas, que las columnas de los norte-americanos avanzaban sobre el convento, confirmando la noticia la fuerza que al mando del ayudante D. Francisco Peñúñuri, del Independencia, regresaba de Coyoacan batiéndose en retirada por entre las milpas. Avistada la vanguardia del enemigo á corta distancia, volvió á Churubusco el General Anaya y encontró todo dispuesto para la defensa.

El convento, rodeado por chozas de adobe, era el punto elegido para resistir ó para contener por algun tiempo á las fuerzas extranjeras; tenia fortificación pasajera que consistió en un parapeto de adobes de ocho piés y medio de espesor, á veinte pasos de la puerta del convento, defendida por anchos fosos llenos de agua; el parapeto que se habia levantado solamente en el frente y flanco izquierdo, faltaba tambien en la azotea. En la mañana la posición no tenia mas que una pieza de artillería, hasta que al retirarse el General Santa Anna, ordenó que se quedaran allí cinco cañones de los que llevaban sus tropas y con ellos pudo arreglarse ya una resistencia bizarra.

Los defensores de Churubusco esperaron sobre las armas la aproximación del enemigo, que avanzaba rápidamente sobre el convento creyendo fácil apoderarse de esa posición, presumiendo que nuestro ejército se retiraría hasta la capital, sin combatir; creencia apoyada con el hecho de haber llegado á tiro de fusil de las fortificaciones sin que se rompiera el fuego sobre ellos, á causa de haber una orden expresa de los Generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar en balde la pólvora, dispusieron que no se disparara sobre el enemigo sino hasta que estuviera á corta distancia. De esta manera fué terrible el estrago de las descargas que obligaron á los norte americanos á detenerse por un momento, sorprendidos de la resistencia que no esperaban; pero continuando su marcha, se dirigió una fuerza sobre el frente del parapeto y otra sobre el costado derecho, trabándose reñido combate sostenido por el valor de los soldados de ambas naciones, hasta que las pérdidas considerables sufridas por los norte-americanos les precisaron á retroceder. El jóven Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, se presentó desde los primeros tiros sobre el parapeto y desde allí alentaba á sus soldados, vitoreando á la República y á los generales Rincon y Anaya; ese jóven habia estado dedicado exclusivamente á tareas científicas y literarias y aquel era su bautismo de guerra, en el que afrontaba la muerte en el campo de batalla. Algunos soldados de los que defendían el flanco derecho de la posición, fueron heridos por las bajas punterías de sus compañeros situados en las azoteas del convento y en los andamios levantados dentro de un corral.

Nuevas fuerzas invasoras llegaron á reforzar á la division Twiggs, que acababa de ser rechazada: el convento fué atacado por varios puntos y el combate se gene-

ralizó. Los valientes defensores de Churubusco no desmayan, centuplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, crece el número de muertos y heridos por el fuego que cae sobre ellos y hasta la retirada tenían cortada por las tropas del General Worth, que avanzaba sobre los que se dirigían hácia la garita de San Antonio; las municiones empiezan á escasear entre los defensores del convento y se prevee que su falta absoluta va á impedir la resistencia; algunos pequeños destacamentos, entre ellos la compañía de San Patricio y un carro de parque con calibre inadecuado, fué todo el auxilio que recibieron los denodados defensores del convento; el parque de diez y nueve adarnes sirvió solamente á los soldados de la compañía de San Patricio, compuesta de los desertores del ejército invasor, los cuales perecieron en su mayor parte.

El General Anaya, en los momentos mas críticos, subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza con metralla y apeándose dirigió personalmente la puntería; mas por desgracia las chispas del lanzafuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque dejando fuera de combate á cinco artilleros y al capitán Oleary; el valiente Anaya, aunque ciego por algunos instantes, no abandonó el campo, siguió en el peligro así como el General Rincon, cuya serenidad fué admirable; recorría el uno toda la línea para alentar á los soldados y el otro permanecía en su lugar dictando las órdenes como jefe que era del punto.

Allí todos competían en entusiasmo y aunque se conocía lo crítico de la situación, no decaía el valor, repitiéndose las acciones de denuedo; el esforzado coronel Eleuterio Mendez, el teniente José María Revilla, el patriota Juan Aguilar y López, todos se exponen, todos ansían la gloria de morir por su Patria. Tres horas y media dura aquel combate, sin que los esfuerzos de los norte-americanos sean coronados por el triunfo; pero el agotamiento de las municiones tiene que conducir inevitablemente á la catástrofe; el tiroteo se va apagando y acaba del todo con sorpresa del enemigo que tarda en avanzar sobre el parapeto, sin poderse explicar lo que ocurre; los soldados mexicanos descansan sobre las armas; los generales agobiados por la tristeza, mandan que las fuerzas se replieguen al interior del convento; pero todavía hay muchos que sienten la sed del combate: el intrépido Peñúñuri va á cargar á la bayoneta con un pequeño grupo de soldados y apenas ha avanzado algunos pasos, cuando una bala le hiere de muerte y cae moribundo estimulando al combate á los que le rodean. El capitán de cazadores, D. Luis Martínez de Castro, quiere abrir paso para reunirse á su regimiento y recibe tambien una herida mortal, cayó prisionero y sobrevivió pocos dias á la capitulación que fué preciso firmar.

El año de 1856, por disposición del Presidente de la República D. Ignacio Comonfort, fué erigido un monumento frente al ex-convento de Churubusco, á la memoria del denodado Peñúñuri y demás héroes muertos en la batalla del 20 de Agosto de 1847 dada en aquel sitio.

Ese monumento es digno de visitarse: sobre una base de cantería se levanta el cuerpo principal de mármol azul y blanco, labrado por los hermanos Tangassi;

corónalo una alegoría también de mármol blanco, que parece representar la Patria con una ampolleta del tiempo en la mano. En aquel monumento están á un lado los nombres de Francisco Peñúñuri, Paz Montesdeoca y José María González; en otra cara se lee: *«A la memoria de los valientes y esforzados mexicanos, que combatiendo en defensa de su Patria, le hicieron el sacrificio de sus vidas en este mismo lugar, el día 20 de Agosto de 1847. La nación mexicana consagra este monumento de gratitud, de honra y de gloria. Siendo Presidente de la República Ignacio Comonfort. 1856.»* En la parte opuesta está la misma inscripción en latín. En la tercera cara del monumento se lee: *«Luis Martínez de Castro, Rafael Oliva, Pascual Merás, Agustín Gutiérrez.»* La construcción fué dirigida por el arquitecto D. Vicente E. Manero. Casi borradas están las inscripciones de las gabetas en que yacen los restos de Luis Martínez de Castro, capitán de cazadores, y la del sepulcro de José Revilla y Pedreguera, abierto al pie del monumento. El viento que constantemente bate la llanura, parece gemir al chocar con la tumba de los héroes ínclitos, esclarecidos, que despreciaron sus vidas y las depositaron en el altar glorioso de la independencia de su Patria.

SAN AGUSTIN DE LAS CUEVAS.—TLALPAM.¹

(Tierra firme ó sobre la tierra.)

Antigua Capital del Estado de México.

Entre las poblaciones de los alrededores de México, merece la preferencia por su fertilidad, vistas pintorescas y buenas condiciones de salubridad, esa ciudad de Tlalpam, antigua capital del Estado de México, población para recreo de muchos que iban á gozar con las lides de los gallos y las fiestas de la Pascua del Espíritu Santo. Como lugar de campo, tiene Tlalpam hermosísimos sitios que los viajeros pueden visitar: el ojo de agua del Niño Jesús, la presa de las fuentes, las fábricas de la Fama, San Fernando y Peña Pobre y las grutas y cuevas que dieron nombre á la población, pueden servir para recreo y amenidad de los que vayan á pasar allí una temporada. Dentro de la ciudad pueden visitar la histórica torre de

(1) Se compone de "Tlalp," tierra y "Pam," sobre.

Santa Inés, la parroquia; tomar el fresco bajo las sombras de los crecidos fresnos que embellecen la plaza principal; allí se les enseñará donde estuvo la antigua casa de moneda, los edificios en que habitaron los vireyes Horcasitas é Iturrigaray; el lugar en que estaba la plaza de gallos en la cual éste virey leyó en voz alta las gacetas que referían importantes acontecimientos políticos de España. La visita á la fábrica de Peña Pobre es paseo agradable, de mil atractivos y que ningun viajero debe dejar olvidado.

Una ancha calzada, recta y sombreada por árboles de diferentes clases, ocupa el ferrocarril que conduce de México á San Agustín de las Cuevas; á uno y otro lado del camino se ven las tierras de labor de las haciendas de Nalvarte, Coapa, San Antonio y Portales, terrenos cubiertos por siembras de maíz, trigo y cebada, ó por ganados que allí aguardan ser conducidos para el abasto de la capital. Se llega á Tlalpam ascendiendo, porque está reclinada muellemente en la anchurosa falda del Ajusco.

La parte antigua de la población, con sus casas de adobe, sus callejones y sus huertas cubiertas de flores y árboles frutales, agrada mucho y forma contraste con la parte nueva en que hay quintas al estilo moderno; por toda la población se nota la frondosidad y frescura que admiran y embelesan y no se necesita más que llegar á la plaza para ver en el jardín central cuán vigorosa es allí la vegetación.

San Agustín de las Cuevas ya está muy distante de México para que se le pueda considerar como uno de sus barrios; en esa ciudad no corroe las paredes el salitre, en sus calles crece el césped entre el empedrado, las mosquetas y la madre-selva embriagan con sus perfumes y está atravesada en todos sentidos por corrientes de agua cristalina; tiene calles rectas y sombreadas por castaños, perones y manzanos; en algunos sitios hay grutas que revelan el origen volcánico de aquellos terrenos.

El Calvario, las Fuentes, los callejones de San Pedro y el Ojo del Niño Jesús, que es un manantial de agua, son los paseos favoritos, los sitios encantadores, donde van á respirar libremente el aire purísimo los moradores de San Agustín de las Cuevas.

En ese pueblo tuvo la religión de los dieguinos un hospicio para misioneros muy bien establecido; desde 1580 hasta un siglo después, habían encontrado en el convento de esos religiosos las misiones que pasaban, un edificio en que hospedarse y asistencia; algunos misioneros fueron recibidos en el pueblo de San Agustín de las Cuevas, á cuatro leguas de México, en una casa con huerta, perteneciente á Doña Beatriz de Miranda, viuda que, á instancias de su sobrino fray Bartolomé de Miranda, dió liberalmente el local á los de la provincia de San Gregorio de Filipinas para hospicio de sus misiones, habiéndolo ofrecido anteriormente á la provincia de San Diego, que no lo aceptó para sí, ántes rogó que le fuera entregado el donativo á la madre de ella, que fué la de San Gregorio de Filipinas.

La antigüedad de la ciudad de Tlalpam, se revela en las reales cédulas expedidas poco después de la conquista. En el año de 1532 se impuso el primer tributo á los